

¿Un niño mayor que  
**su abuelo?**

¿Que alguien me aclare  
el misterio!

Infelicio era un niño de diez años, pero su aspecto era el de un anciano de por lo menos ochenta. Era como su abuelo. Mejor dicho: era mayor que él, o al menos eso es lo que parecía con su larga barba blanca, su bastón, sus gafitas pequeñas y su cuerpo arrugado y doblado hacia adelante al caminar como una flor al marchitarse.

De hecho, cuando estaban juntos, era su abuelo quien debía ayudarlo a levantarse, a sentarse, a coger las cosas que necesitaba y hasta a comer, pues cuando iban a pasar la tarde al parque la madre de Infelicio se olvidaba de quitarle la corteza a los sándwiches y entonces era el abuelo el que tenían que cortársela, pues Infelicio había perdido ya casi todos los dientes y le era imposible masticarla.

Infelicio, a pesar de ser un niño, vivía como viven muchos ancianos: sentado en el banco de un parque dando de comer a las palomas, jugando a las cartas o al ajedrez, viendo la tele y dando pequeños paseos, aunque hay que decir también que como aún no le había perdido el gustillo a las pantallas y a los teclados y el gusanillo le picaba de vez en cuando, algunas tardes se ponía a trajinar a un tiempo con cuatro ipads, dos ipods y un ipid que él mismo se había

inventado. Pero el caso es que cuando otros niños se le acercaban y trataba de levantarse para jugar con ellos, tenía que volver a sentarse porque apenas se tenía y se cansaba enseguida.

¿Pero cómo era esto posible?

Pues porque Infelicio había vivido en tan sólo diez años lo que cualquier persona vive en ochenta o noventa. Su infancia había durado apenas unos meses; su juventud, menos todavía, y después... Con tres años ya vivía como si tuviera veinticinco, con cinco parecía que tenía cuarenta, y ahora, con diez, cuando lo normal sería que tuviera toda su vida por delante para aprender cosas y hacer lo que fuera, se veía postrado todo el día con dolor de riñones y sin fuerzas para sostenerse en pie.

¿Y cómo se entiende esto?, me preguntaréis. Muy fácilmente, porque voy a contároslo. Seguid leyendo y lo entenderéis.

A la hora de  
**opinar**  
la cuestión  
**es avasallar**

Infelicio nació en el seno de un matrimonio joven, ambicioso y de buena posición, como suele decirse, aunque tampoco tan buena como para considerar a sus padres unos adinerados y menos aún unos potentados, como también suele decirse.

Su padre era un ingeniero de telecomunicaciones que se sentía desdichado porque no le gustaba su trabajo. Consideraba que la mala suerte se había cebado en él, pues se había hecho ingeniero sin vocación, como podía haberse hecho médico o titiritero, y siempre había odiado estudiar, ya que lo que a él le gustaba era estar de juerga todo el día con los amigos. Cuando tuvo que decidir qué quería ser todo el mundo le había asegurado que iba a ganar muchísimo dinero si se hacía ingeniero de telecomunicaciones. Sin embargo, ahora que ya lo era, decía que ganaba menos de lo que merecía por lo que trabajaba, y sobre todo de lo que merecía teniendo en cuenta lo listo que decía que era.

La madre del niño también se sentía una desgraciada porque tenía que trabajar. Era abogada. Se había presentado a unas cuantas oposiciones, pero como su carrera no le gustaba nada nunca las había preparado bien y

no había aprobado ninguna. Al final acabó por meterse en un despacho donde se pasaba el día lidiando con papeles que sólo le amargaban la vida y no le interesaban, porque, a ella, lo único que le había interesado siempre era divertirse con sus amigas y salir por las noches de los fines de semana.

Precisamente fue una de esas noches cuando conoció al que un día iba a ser su marido.

Los padres de Infelicio vivían en un piso amplio en una de las mejores calles de la ciudad y tenían también un gran chalet con un espacioso y soleado jardín en una urbanización a las afueras al que iban casi todos los fines de semana. Pero nunca estaban a gusto en ninguno de los dos sitios, y cuando les tocaba estar en el piso se quejaban de que echaban de menos la tranquilidad del chalet, y cuando se iban al chalet decían que quedaba muy lejos y querían volver cuanto antes al piso. Además, para ellos ni el piso ni el chalet eran suficientemente grandes ni el jardín lo bastante espacioso y soleado.

E igual sucedía más o menos con todo lo demás: Nunca valoraban lo que tenían –al contrario, siempre les parecía poco- y se pasaban el día lamentándose de lo mucho que trabajaban, de lo poco que ganaban y de lo injusta que había sido la vida con ellos.

Cuando se casaron fue con el convencimiento de que no iban a tener hijos. Los hijos les parecían una complicación. Exigían muchos sacrificios y todos sus amigos que los tenían aseguraban que costaba mucho tiempo y mucho dinero sacarlos adelante.

Sin embargo, con el tiempo fueron cambiando de manera de pensar. Constantemente salían en la tele, en la radio, en las revistas, en los periódicos..., en todas partes, niños y niñas prodigio o que se decía que lo eran, niños y niñas famosos que ganaban dinero a raudales porque eran campeones en algún deporte, porque tocaban magistralmente un instrumento musical, porque eran invencibles a algo o porque actuaban en películas y en series

de televisión. Y al lado de estos niños y niñas se veía siempre a padres y madres orgullosos, felices y que tenían la vida resuelta porque sus hijos los habían hecho millonarios.

-Fíjate si un hijo nuestro fuese capaz de hacer eso- dijo la abogada a su marido cuando se enteró de que había un niño en Alemania que había diseñado un submarino para ir por el aire.

-Pues lo que me han dicho a mí esta mañana...- dijo el marido:- Que hay una niña en Inglaterra capaz de tocar a la vez al piano a Beethoven y a Bach.

La cosa se las traía. ¿A quién no le apetecía tener niños así?

-Dejaríamos de trabajar.

-Y tendríamos por fin un piso grande y un jardín espacioso y soleado.

-Y un barco en la costa.

-Y un apartamento en Marsella.

-¿En Marsella? ¿Y qué se nos ha perdido en Marsella?

-¿He dicho Marsella? Pues quería decir Marbella. Además, ¿qué más da? Podríamos tener todos los apartamentos que quisiéramos.

Un día que se habían juntado las dos familias a comer - la de él y la de ella, pues era su aniversario de boda- se les ocurrió comentar su idea de que estaban pensando en tener un niño.

-A mí me daríais una alegría, desde luego- dijo uno de los abuelos-, que había sido picador de toros en su juventud.

-Los hijos dan trabajo, claro está, pero también pueden ser fuente de satisfacciones si se les instruye con esmero- dijo el otro abuelo.

-Lo importante es educarlos para que obedezcan y hagan lo que una quiera hasta que sean mayores- comentó una abuela.

-Y enseñarles solamente lo que merezca la pena- añadió enseguida la otra.

-Vaya, vaya; así que un sobrino- dijo un futuro tío.

-O sobrina.

-¡Qué más da, seguro que va a ser algo grande!

Todo el mundo se alegró. Hasta el último conocido del último amigo a quien se lo fueron contando.

-¡Qué estupendo!

-¡Qué alegría!

-¡Enhorabuena!

Y esto en tanto no se supo que iba a nacer algún día, porque cuando al fin se dio la noticia de que eso iba a suceder al cabo de un tiempo, aquella alegría inicial se desbordó:

-¡Hombre, por fin voy a tener un nieto torero!- dijo el abuelo que había sido picador.

-Qué bien, seguro que va a ser un gran médico- dijo la abuela, que había sido enfermera antes de casarse.

-Será tenista- dijo el padre-. Los tenistas ganan mucho dinero.

-Actriz- dijo la madre-. Una actriz famosa gana más que el mejor tenista del mundo.

Por supuesto, los tíos y las tías también dieron su opinión:

-Almirante.

-Escritora.

-Pianista.

-Modelo.

Pronto se supo si iba a ser niño o niña. Ahora esas cosas se saben con una antelación pasmosa; además todo el mundo necesita saberlo cuanto antes porque como hay que comprar corriendo un montón de cosas para que todo esté comprado ya cuando nazca y todas tienen que ser de un color o de otro, es preciso tenerlo en cuenta para no gastar tontamente el dinero.

Resultó que iba a ser niño. Pero eso era lo de menos; el caso era seguir opinando:

-Astronauta.

-Piloto de fórmula uno.



-Presidente del Gobierno.

-Diseñador.

Cuando nació tenía ya más de cuarenta profesiones asignadas y por lo menos veinte o veinticinco nombres. Sí, porque para decidir qué nombre ponerle también metió baza todo el mundo.

-Teodoro, como el primo que vive en Sudamérica- dijo uno.

-Clotilde- propuso una abuela, que quería que se llamara como ella aunque no fuera niña.

-Messinaldo; es el mejor nombre para un futbolista- dijo otro.

-Hesperión; lo importante en un nombre es que sea original- se empeñaba un abuelo.

Como no había acuerdo decidieron que lo harían por sorteo, así que vaciaron el bote de los garbanzos, metieron en él tantas papeletas como nombres se habían propuesto, lo agitaron y -después de mucho discutir sobre quién debía encargarse de hacerlo- extrajeron una y la leyeron.

-Infelicio- anunció en voz alta la abuela de más edad, a quien le había tocado ejercer de mano inocente.

Se miraron desconcertados. Era la primera vez que oían aquel nombre.

-¿Quién ha sido el que ha propuesto un nombre tan absurdo?

-Suen a violín desafinado.

-Es terriblemente soso, lo más soso que he oído en mi vida.

-Y muy largo. Yo lo encuentro innecesariamente largo.

Resultó que aquel nombre lo había propuesto el portero. Lo había inventado él mismo, según explicó. Al parecer se aburría tanto metido todo el rato en la portería que se pasaba el día entero inventando nombres. Decía que eso se le daba muy bien.

El nombre no le gustó a nadie más que a él, pero las reglas eran las reglas y un sorteo era un sorteo. El portero

se mantuvo en sus trece, hizo valer el reglamento que habían establecido para el juego -incluso la madre, que por ser abogada sabía un rato de reglamentos, tuvo que darle la razón- y el niño se quedó con el nombre de Infelicio para siempre.

El cuarto estaba preparado, todo pintado de azul, con una cama azul, cortinas azules, lámpara azul, moqueta azul y un arcón de madera de color azul. La ropa que habían comprado también era azul: sábanas y edredones azules, pijamitas azules, zapatitos azules, buzos y baberos azules y hasta pañales y toallitas para bebé de color azul.

Y ya todos a esperar. Sólo faltaba que naciera.